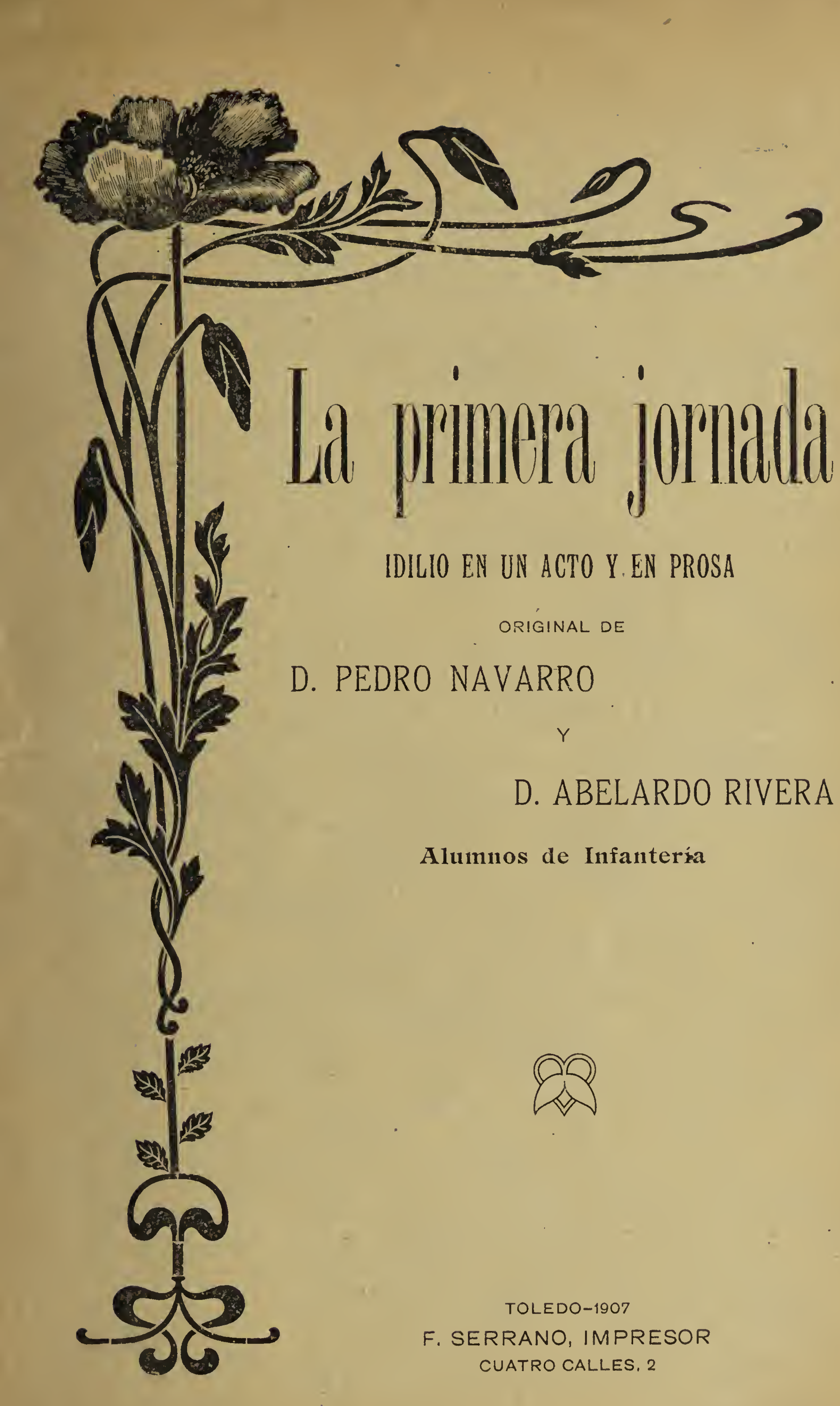


La primera jornada

IDILIO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

D. PEDRO NAVARRO

Y

D. ABELARDO RIVERA

Alumnos de Infantería

TOLEDO—1907

F. SERRANO, IMPRESOR

CUATRO CALLES, 2

LA PRIMERA JORNADA

IDILIO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

D. Pedro Navarro y D. Abelardo Rivera

Alumnos de Infantería



TOLEDO
FLORENTINO SERRANO, IMPRESOR
CUATRO CALLES, 2

A nuestros compañeros de Arma.

Si escasos pueden ser los méritos que, literariamente considerados, podéis hallar en esta sencilla producción, grande es en cambio el deseo de testimoniaros nuestra gratitud por el inmerecido éxito que obtuvo, y que en gran parte á vosotros debemos.

Por eso, cuando leáis estos renglones que hoy nos complacemos en dedicaros, no busquéis en ellos un buen escrito, sino una buena voluntad.

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA ROSA, *señora de alguna edad.*	**Srta. Mauri.**
MARTA, *hija de Doña Rosa*	» **Egido.**
REMEDIOS, *sirvienta de la casa*.....	**Sra. Morilla.**
CARLOS, *Alumno de Infantería*.....	**Sr. Sánchez.**

La acción en el pueblo de Yepes.—Época actual.

Derecha é izquierda las del actor.

ACTO ÚNICO

La escena representa un gabinete elegantemente amueblado. Á la izquierda, una ventana que da á la calle. Puertas al foro y lateral derecha. Es de día. Al levantarse el telón, aparece Marta asomada. Óyense los acordes progresivos de un pasodoble, ejecutados por la música de un batallón que se aproxima.

ESCENA PRIMERA

MARTA. Después ROSA.

MARTA. Otra vez vienen á pisar esta tierra los bizarros cadetes de la española Infantería, futuras glorias de la Patria. ¿Volverá con ellos mi amor? (Pausa.) Pasó con rápido vuelo por este miserable pueblo, dejando profundas huellas, regadas por el dolor y que el transcurso del tiempo no pudo borrar..... Con más impulso acuden de nuevo á mi mente los recuerdos tristes de un feliz pasado al desfilar ese vistoso grupo de jóvenes que llevan la ilusión en el alma y la alegría en el semblante..... Hermosísimo es presenciar tan brillante espectáculo; ¡qué alegría al recibirlos! ¡cuán tristes quedamos al abandonarnos! (Con sentimiento.) (La música se oye muy cerca de la casa. Entra Rosa por la puerta lateral.)

ROSA. (Saliendo.) ¡Qué animación se observa en el pueblo! ¿Qué sucede, hija mía? ¿Qué música es esa?

MARTA. (Con alegría.) Mira, mamá, acércate. Es la Academia de Infantería que vuelve á visitarnos. ¡Gracias á Dios! Romperán así la monotonía de este pueblo; gozaremos de contento un día, que falta nos hace.

ROSA. (Muy extrañada.) ¡La Academia! ¡Es muy extraño!

¿Cómo no nos habrán avisado para preparar alojamiento? Será sólo de paso. (Óyense los toques de alto, en su lugar, descanso, y el necesario para guardar la Bandera.)

MARTA. (Abstraída.) Ven, mamá, asómate. Ya están en la plaza. ¡Qué aspecto tan encantador!

ROSA. (Asomándose.) Siento muchísimo, Marta, que no se hayan acordado de mí. Supongo qne la última vez no se marcharía descontento nuestro alojado. ¿Dónde estará á estas horas? ¿Te acuerdas, hija mía? Por cierto que era un chico muy distinguido y simpático. Si lo viera no lo conocería, seguramente. ¡Habrá variado tanto!.....

MARTA. Ni yo tampoco. No recuerdo más sino que tuvimos uno en casa. (Aparte y triste.) ¡Desgraciadamente, sí que lo recuerdo. (Óyese ruido de cohetes.)

ROSA. El pueblo entero festeja su llegada, anunciándola mediante esos cohetes, traducción fiel de la alegría que con ellos viene á inundarlo. Son jóvenes, los sufrimientos no hicieron aún mella en su alma; por eso en toda ocasión se complacen en derrochar ese contento que rebosando su corazón se esparce con rapidez y nos es comunicado mediante esas agradables y continuas expansiones.

MARTA. Es verdad.

ROSA. (Mirando á la calle.) Por lo visto van á detenerse algún tiempo.

MARTA. Lo probable es que sea poco, porque nada se ha dicho de su llegada, y más aún porque de lo contrario nos hubieran avisado para disponer alojamiento, como otras veces. Lo más acertado es que, por si acaso, envíes á la muchacha á casa del Alcalde y que le pregunte lo que hay decidido sobre este particular.

(Se oye el toque de firmes; después el de rompan filas.)

ROSA. Tienes razón; voy á avisar á Remedios.

(Va á salir por la puerta del foro, al tiempo que ésta se abre.)

ESCENA II

DICHAS, CARLOS y REMEDIOS

CARLOS. (En la puerta y en traje de marcha.) ¿Se puede?

ROSA. Adelante.

MARTA. (Aparte y con asombro.) ¡Carlos!

CARLOS. (Con asombro y aparte.) ¡Marta! (A ella, inclinándose) Señorita.....

ROSA. (Dándole una silla.) Hágame el favor de sentarse.

CARLOS. (Sentándose.) Mil gracias, señora. (Aparte.) Lo mejor será fingir el olvido, hasta la indiferencia.

MARTA. (Aparte y con tristeza.) ¡No me recuerda!

CARLOS. (A Rosa) Perdone usted, señora, las molestias que, aunque muy en contra de nuestra voluntad, proporcionamos siempre en estos casos. Es un pequeño sacrificio que nos vemos obligados á exigir de ustedes, aunque por pocas horas, pues los edificios de que el Estado dispone serían insuficientes para alojarnos á tantos.

ROSA. (Muy amable.) Todo lo contrario. Ustedes nunca molestan. Plácenos en extremo recibirlos.

CARLOS. Mil gracias, señora. Es usted excesivamente amable.

ROSA. Perdone: pero no es bondad. Es hacer extricta justicia á sus merecimientos.

CARLOS. Llevaré muy gratos recuerdos de esta casa. ¡Si encontrásemos siempre tan reconocidas muestras de cortesía!.....

MARTA. (Con interés) ¿Desea usted pasar á una habitación para arreglarse?

CARLOS. Muchísimas gracias, señorita; pero no acepto su galante invitación porque tememos nos llamen de un momento á otro. Desgraciadamente, será muy probable que nos detengamos en este pueblo poco rato.

MARTA. ¡Qué lástima!

CARLOS. Más lo sentimos nosotros, señorita; nuestro deseo sería, por mejor decir, mi mayor placer sería permanecer aquí algunos días.

ROSA. (A Marta.) Ya te dije yo, Marta.

MARTA. (A Carlos.) Estará usted muy molesto; permítame que le recoja el fusil y la mochila.

CARLOS. ¡Oh, no se moleste!

MARTA. No es molestia, hágame el favor.....

CARLOR. Su desmedida bondad me obliga á acceder. Mil gracias. (Le entrega el fusil, la mochila y el ros, que Marta coloca sobre una silla, apoyando el primero en la pared.)

MARTA. Por nada.....

ROSA. Habrán tenido ustedes una marcha incómoda y y con frío, pues saldrían tempranito.....

CARLOS. No ha sido de las peores, porque salimos de Toledo á las dos de la mañana y hasta Castillejo vinimos por ferrocarril; allí es donde hacía un poco de frío; por lo demás, el trayecto ha sido agradable. Nuestra llegada, agradabilísima, y más para mí que tengo la honra de alojarme en esta casa.

ROSA. Es un favor que usted nos dispensa.....

CARLOS. Nada de eso. Créame, señora, que jamás hubiera pensado encontrar familia tan distinguida y cariñosa. Muy satisfecho quedaría si mis palabras fueran suficientes para mostrarle mi agradecimiento.

ROSA. Poco puede usted agradecernos. Nuestro deseo es proporcionarle relativa comodidad, aunque no tanta como en su propia casa; si logramos conseguirlo, nuestra será la satisfacción; no anhelamos su agradecimiento.....

MARTA. Necesitará tomar algo.....

ROSA. Tienes razón, hija mía. (A Carlos.) Perdone usted no le haya indicado antes.....

CARLOS. Lo agradezco en extremo, señora; pero.....

MARTA. ¿No quiere usted hacernos ese honor?.....

CARLOS. Un millón de gracias, señorita. Si pudiera, con el alma y la vida.

REMED. (Entrando por la puerta lateral.) Señora.... Un momento....

ROSA. Voy enseguida. (A Carlos.) Con su permiso. (Vase.)

CARLOS. Usted lo tiene, señora. (Aparte.) Ahora será *ella*.

(Levántase Carlos al salir Rosa y se dirige á la ventana.)

ESCENA III

MARTA y CARLOS

CARLOS. (Aproximándose á la ventana.) Es un paisaje verdaderamente encantador, y si mal no recuerdo en nuestras últimas marchas visitamos también esta comarca, que ofrece cada vez mayores atractivos.

MARTA. Para ustedes, que en ella encuentran dulce reposo á sus fatigas, aclamaciones entusiastas y crecientes agasajos á que su reconocida y exquisita cortesía les hacen acreedores, no lo dudo; pero nosotras, que hemos de pasar nuestra juventud, acaso nuestra vida, aquí, apartadas de la sociedad, ignorantes de los innumerables encantos que las grandes capitales ofrecen, sin ese don natural de gentes que engendra el continuo trato, lo que en un principio pudo sernos agradable, pareciendo coronar de alegría nuestra existencia, va conduciéndonos lenta é insensiblemente al fatal conocimiento de la realidad. La invariable monotonía que preside aquí todos nuestros actos y aumenta de día en día, va desvaneciendo poco á poco las escasas ilusiones que un pensamiento ó un recuerdo gratos no lograron borrar de la mente con tal energía que ese recuerdo ó esa idea se alejen para siempre de nosotros, aunque con esto sólo consigamos que el pesar se apodere poco á poco de nuestro ánimo hasta llegar á dominarlo por completo.

CARLOS. (Aparte.) Es sencillamente adorable.

MARTA. No lo dude usted.

CARLOS. Creo que exagera usted algo, señorita; sin embargo, considero que la razón está muy de su parte. Hay cosas, ciertamente, que no pueden ni deben olvidarse.

MARTA. (Marcando la frase.) Pero se olvidan con frecuencia....

CARLOS. Ahora sólo estoy conforme con usted hasta cierto punto. (Pausa.) Preséntanse ocasiones en que el corazón es superior á la voluntad y entonces ya comprenderá usted que el olvido no es posible.

MARTA. Cuando usted lo asegura.....

CARLOS. Me parece pudiera afirmarlo. En todos los instantes de mi vida recordaré lleno de ilusión esta primera jornada de las actuales marchas que me ha permitido el placer de conocer á usted.

MARTA. Mil gracias.....

CARLOS. Soy enemigo de la adulación, y si jamás la empleé, menos haría uso de ella en esta ocasión, conceptuarla más innecesaria que nunca. Mis palabras no hacen más que traducir fielmente mi pensamiento. La adornan tan adorables condiciones, que cuando más tarde haya abandonado este pueblo, cuando pierda de vista esta casa cuyos recuerdos llevo grabados en el corazón, bastaríame para ser dichoso el saber que usted no apartaba de mí su pensamiento; y cuando ya lejos, muy lejos, la enviase mi último adiós, mis palabras repercutirían aún en sus oídos, cual si este sencillo y amoroso coloquio se hubiera prolongado.... Pero no..... Esto es imposible..... La fortuna me abandonó y ha tiempo que la llamo sin lograr que de nuevo me otorgue su protección.....

MARTA. ¿Es la desconfianza quien le obliga á pensar de ese modo? Si, como dice usted, se ve dominado por esa creencia, trate poco á poco de alejarla de sí, y cuando ya logrado se halle convencido de que esa ilusión va perdiendo gradualmente su

intensidad, acuérdese de mí, de la pobre Marta, de esta sencilla ribereña que con sus consejos contribuyó en otro tiempo á lograr su dicha.

CARLOS. Eso jamás podría olvidarlo, señorita, ó mejor dicho, Marta, ya que la casualidad me ha dado á conocer su nombre. Mi cariño será suyo, mi pensamiento seguirá siempre dedicado á usted; seguramente mi sola dicha será el recuerdo de estos momentos; ignoro si algún día podré lograr que el amor venga á posarse sobre ese corazón para constituir mi felicidad, ó si apartándose de él para siempre labrará mi eterna desventura.... (Pausa muy larga.) Pero no, Marta, no; traduzca usted conmigo los generosos sentimientos que seguramente alberga su corazón; sea usted compasiva con el ser que más la adora en este mundo... (Marta queda pensativa. Carlos acércase á ella.) ¿No soy acreedor á su respuesta?

MARTA. (Con angustia.) ¡Carlos!.....

CARLOS. (Con asombro.) ¿Cómo sabe usted mi nombre, Marta?

MARTA. Perdone usted, Carlos, que haya instintivamente traído á su memoria un recuerdo que hace ya tiempo había abandonado. De su paso por este pueblo en las anteriores marchas no queda en usted rastro alguno..... Si el amor pudo entonces turbar momentáneamente su reposo, ha desaparecido por completo. Algo atrajo sin duda á su imaginación con mayor fuerza..... Olvidó la casa en que estuvo alojado, las personas que en ella le atendieron con solicitud y le escucharon con un interés excesivo acaso; sus cartas se sucedieron con menor frecuencia, y el cariño demostrado fué perdiéndose poco á poco; después vino el olvido.

CARLOS. ¡Oh, Marta, Marta! ¡Qué razón tienes para despreciarme, para no creer en mis palabras, para aborrecerme!.....

MARTA. ¡Carlos!

CARLOS. Eres buena como jamás hubiera podido soñar..... Comprendo, sí, que procedí contigo de manera infame, que no merezco tu perdón, y, sin embargo, mi corazón alentado por tus palabras no osa pedírtelo..... La vida sin él sería para mí un eterno martirio, porque sobre la fatal convicción de no haber alcanzado tu cariño, pesará sin cesar el remordimiento de haber sido yo mismo quien vino á destruirlo, á apartarlo de tí.

MARTA. Aunque acaso falsas, como en otro tiempo, con tus palabras renuévase la alegría en mi corazón, que inclinado al tuyo por un sentimiento tan leal como ignorado, no duda en confesar su pasión, aunque con esto logre quizá tan sólo descubrir un sentimiento de orgullo en él, acaso de compasión.....

CARLOS. No me atormentes más, querida Marta, recordando otros momentos que debemos olvidar para siempre, que no volverán jamás á interrumpir nuestro cariño.....

MARTA. Tienes razón, Carlos; olvidémoslo eternamente; vivamos felices ahora, ya que en otra ocasión no supimos hacerlo; prolonguemos cuanto sea posible este delicioso letargo en que nos ha sumido el solo recuerdo de pasados tiempos que ya nunca turbarán nuestra dicha.

CARLOS. Con esas palabras has devuelto á mi corazón un goce inefable que ya juzgaba perdido; por eso mi agradecimiento hacia tí es intenso, grande, sin límites..... Te idolatro, Marta, y soy dichoso al comprender que me veo correspondido. No necesito preguntártelo para tener de ello certeza absoluta; me lo aseguran tus ojos, y esos, Marta, dicen la verdad. ¿No es cierto?

(Estrecha sus manos con efusión.)

MARTA. Sí, Carlos.

CARLOS. Quiéreme siempre como ahora, más que ahora si

es posible, que mi gratitud eterna y mi cariño creciente acabarán haciéndote feliz.....

MARTA. Lo soy ya, porque estoy plenamente persuadida de la sinceridad de tus palabras, de tu pasión profunda, de tu verdadero arrepentimiento.....

CARLOS. No lo dudes, Marta. Tú serás la dueña de mis actos, serás mi eterna esperanza, serás mi único amor, serás.....

MARTA. (Imponiéndole silencio.) ¡Mamá!

CARLOS. (Aparte.) Puede que también.....

ESCENA IV

DICHOS y ROSA

ROSA. (Entrando.) Perdone usted, Sr. Alumno.

CARLOS. Carlos; es más breve.

(Se sientan Rosa y Carlos; Marta juguetea con una silla.)

ROSA. Pues bien, Carlos. Espero que nuestro buen deseo nos disculpe con usted si en este modesto alojamiento encuentra alguna falta que no hayamos podido disimularle, ó que nuestra ignorancia de provincianas no haya sabido subsanar.....

CARLOS. Por Dios, señora.....

ROSA. Nuestro único deseo es que de aquí lleve usted, é igualmente todos sus compañeros, un recuerdo grato.

CARLOS. Lo llevo; precisamente, momentos antes de llegar usted, hablaba yo á su hija sobre este punto. (A Marta.) ¿Es verdad, señorita?

MARTA. Ciertamente.

CARLOS. Expresábala mi deseo de pasar aquí una temporada. La caza debe abundar sin duda por estos alrededores.

ROSA. ¿Caza usted mucho?

CARLOS. Todo lo que puedo. Poco suele ser en general, porque soy un tirador nada más que regular.....

Acostumbrado á ese fusil (Lo señala.), mi compañero inseparable, apenas si hago un blanco con la escopeta de caza. Encuentro entre ambos una diferencia notable. Al *Lucero,* hermoso cachorro que compré hace algún tiempo, le tengo señalado varias veces. El instinto de la caza es tan grande en él, que al ver la pieza se lanza tras ella con tal rapidez, que en más de una ocasión ha recibido alguna perdigonada.

MARTA. ¡Pobrecillo!

ROSA. Le temerá á usted de un modo horrible.

CARLOS. Al contrario. En la casa, sólo yo consigo dominarlo sin pegarle. Me quiere ciegamente, y yo, por mi parte, confieso que le tengo también gran afección.

ROSA. Es el animal noble por excelencia.

CARLOS. Y el más cariñoso. Cuando yo regrese de las marchas será el primero que salga á mi encuentro.

MARTA. ¿Se van ustedes pronto?

CARLOS. Sí.

MARTA. ¿A Aranjuez directamente?

CARLOS. No, señorita. Conforme al itinerario marcado, debemos pernoctar en Ocaña; pero yo desconfío de que así suceda.....

ROSA. ¿No dispondrán acaso de alojamientos suficientes?

CARLOS. Creo que sí. Los motivos que tengo para suponer lo contrario son otros. Parece ser que de aquel punto saldrá un escuadrón en nuestra busca con el objeto de atacarnos por sorpresa, y según mi modesto criterio debe ser durante nuestra penúltima jornada. Ya digo, sin embargo, que esto no son sino meras suposiciones..... Si así sucediese, es probable que una vez obligados á batirse en retirada, nos lancemos en su persecución, y forzado así nuestro avance, entremos en Aranjuez

mañana mismo. (Pausa.) También antes hablaba con Marta sobre esto.

MARTA. (Aparte.) ¡Qué inventiva!

ROSA. ¿Sentiría usted que sucediese como piensa?

CARLOS. No, señora; antes por el contrario, celebraría mucho no engañarme. Soy eminentemente entusiasta de todos estos actos que constituyen la verdadera vida militar..... Si alguna vez mi espíritu ha decaído ante las dificultades que una lección de Historia, de Geografía ú otra cualquier materia pudiera presentarme, jamás decayó un solo momento durante nuestra corta vida de campaña. Estimo mi honor como el don más sagrado que poseo..... Juré defender mi Bandera, mi Patria y mi Rey, hasta perder la última gota de mi sangre; joven soy y tendré ocasión de probarlo. Lanzaríame orgulloso al campo de batalla, antes que por la suerte fuera designado, si una Nación osara ultrajar mi Bandera, cumpliendo ese deber sagrado que me impuse al ingresar en las filas del Ejército; sacrificaría mi vida si para rescatar ese santo emblema fuese necesario..... Por eso cada vez siento mayor regocijo al haber abrazado esta carrera cuyo fin es el más hermoso, el más valiente, el más noble de los fines: velar por la salvación y el engrandecimiento de la Patria.....

MARTA. Posee usted realmente un entusiasmo sin límites.

ROSA. Sin duda, y esto le enaltece grandemente.

(Suenan multitud de voces en la calle.)

ROSA. (Asomándose á la ventana con rapidez.) ¿Qué habrá ocurrido?

CARLOS. (A Marta.) No te asustes. Serán los chiquillos que al salir de la escuela celebran nuestra llegada.

(Renuévanse las voces. Suena el toque de generala.)

CARLOS. (Cogiendo precipitadamente el ros y el fusil y poniéndose la mochila, se dispone á irse.)

MARTA. (Con angustia.) ¿Te vas?

CARLOS. Sí, Marta; esa corneta me impone el cumplimiento de un sagrado deber..... ¡Adiós!

(Estrecha sus manos unos instantes y se va.)

MARTA. (Con desesperactón) ¡Carlos! (Corre á la ventana.)

ROSA. ¿Y Carlos?

MARTA. (Con amargura.) ¡Se fué! (Óyense los toques de firmes, después el de marcha, luego se siente el pasodoble del batallón que desfila. Marta, apoyada en el marco de la ventana, oprimiendo el pañuelo entre sus manos.) ¡No mira una sola vez á esta ventana! ¿No habrá logado el amor dominarle tampoco ahora?

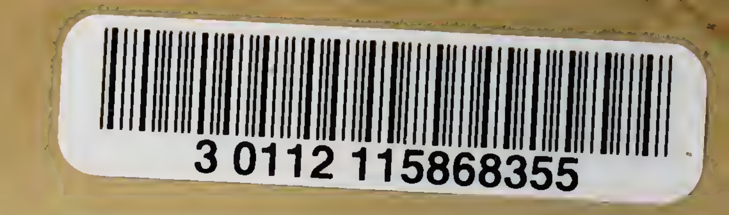
(El pasodoble márcase cada vez más débilmente.)

ROSA. ¿Qué tienes, hija mía?

MARTA. (Arrójase sollozando en sus brazos.) Nada, mamá.....

ROSA. (Con tristeza.) ¡Hija de mi alma! ¡Pobre víctima del amor!

Telón muy lento.





Precio: UNA peseta.